

CAMBIO CLIMÁTICO

sin complejos

José Luis Barceló

SEKOTIA

Índice

Presentación	9
Introducción	11
¿Qué es realmente el “cambio climático”?	19
Castigos divinos y cambios climáticos desde la Antigüedad	31
El gran reto: la educación ambiental	59
La niña Greta y la Cruzada de Niños	69
Mitos y leyendas del ecologismo urbano: la demonización del CO ²	83
“Calentamiento global” y “Cambio climático”: nueva religión	93
Cambios en los ecosistemas	103
La leyenda de la isla de plásticos en el Pacífico	121
Vertidos en los océanos y acidez	133
El aumento de la temperatura del agua de los océanos y calentamiento global	147
El peligro de extinción de numerosas especies vegetales y animales	155
Energía y energía nuclear	165
El agujero de la capa de ozono	195
Agradecimientos	205

Presentación

El libro que tiene usted entre sus manos es polémico y controvertido. No viene a desacreditar el hecho de que pueda existir un cambio climático, pero aporta pruebas razonadas para posibilitar la duda de que la causa principal, como sostienen algunos, sea debida a la acción humana sobre el Planeta.

El autor, periodista, politólogo y conferenciante habitual, es autor de numerosos libros y artículos y ha sido miembro activo de organizaciones ecologistas y de protección de la fauna durante muchos años, y activista político en favor del ecologismo, del que se muestra un ferviente defensor.

Su único error políticamente inaceptable es que no está encuadrado en el ecologismo político de ultraizquierda, y siempre se ha encuadrado en el pensamiento crítico e independiente con postulados que han defendido el humanismo y el eje central del Ser Humano en la cúspide de la creación. Fue concejal de Medio Ambiente de su pueblo, la localidad madrileña de Galapagar.

José Luis Barceló es profesor honorario de la Universidad Particular de Chiclayo (Perú) y fue reconocido en 1978 con un

Premio Príncipe de Asturias para Jóvenes Investigadores del Ministerio de Agricultura por un trabajo sobre especies ibéricas amenazadas.

Viajero infatigable, el autor ha recorrido más de medio centenar de países de todos los continentes, y tiene una visión bastante relativista de nuestra forma de vida avanzada.

Barceló es periodista en activo, Director-Editor del diario de información económica ElMundoFinanciero.com, ha sido fundador de medios de comunicación de referencia en España como ElSemanalDigital.com y RadioYa.es, emisora ésta última de la que es su jefe de información económica.

Introducción

Cambio climático, defensa ambiental, ecologismo... son palabras evocadoras de una defensa idealista, una defensa que se practica, mayoritariamente, desde postulados con una visión de país rico y avanzado. Desde algunos extremos sociales, asociativos y políticos se sostienen unas pretendidas evidencias científicas acerca del cambio climático producido por el hombre, y se vincula este cambio climático al proceso de desarrollo vertiginoso de la llamada Revolución Industrial. Las evidencias son bastante precarias, dado que Revolución Industrial, Era de los Descubrimientos y Era de las Exploraciones coinciden prácticamente en sus etapas. Las primeras mediciones climáticas, temperatura, presión, pluviometría... se recogen precisamente en la Era de las grandes exploraciones y navegaciones de finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando comienzan a tomarse las primeras muestras ambientales y se efectúan los primeros registros climáticos. Es por ello que puede resultar bastante pretencioso sostener que unos datos tomados en los últimos 200 años arrojen información suficiente para extraer la conclusión de que el planeta está cambiando

vertiginosamente por la acción de la Revolución Industrial. El conflicto actual para los científicos es determinar si el cambio climático se viene produciendo por acción y efecto exclusivo del Ser Humano y de su actividad sobre la Tierra, o, si por el contrario, es un proceso natural, con cambios drásticos que se producen cada cierto tiempo sobre la faz del planeta.

Hoy en día sabemos que desde el comienzo de la Revolución Industrial se ha quemado suficiente cantidad de combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas natural) y se han talado suficientes bosques para emitir más de 500.000 millones de toneladas de CO₂. Como es bien sabido, la atmósfera tiene hoy una concentración de CO₂ más elevada que en cualquier momento de los últimos 800.000 años y probablemente de mucho antes. Esta es una verdad a medias, dado que hoy se sabe que los bosques del carbonífero arrojaron, durante incendios que duraban estaciones enteras, devoraron más cantidad de materia vegetal en un solo día que toda la devastación que pueda ser atribuible a la Humanidad desde el año 1850. Resulta irónico pensar que el carbón que se consumió durante la Revolución Industrial procedía en buena parte de aquellos incendios gigantescos del Carbonífero. Cuando se quemaba ese carbón, lo que estábamos haciendo realmente era recuperar la energía del sol captada aquellas gigantesca flora de hace 300 o 350 millones de años.

Cambio climático, ecología y medio ambiente son alguna de las palabras que más se han repetido en los últimos tiempos, muy especialmente a partir de finales de la década de los años 60 y mediados de los 70 con el arranque de la crisis denominada de los Euromisiles y la escalada belicista de los dos grandes bloques hegemónicos de aquella Era: el de la OTAN, capitaneado por los Estados Unidos de Norteamérica, y el del Pacto de Varsovia, representado por la Unión Soviética.

La Crisis de los Euromisiles fue uno de los episodios más llamativos de la Guerra Fría que se convirtió en una crisis diplomática y militar enfrentando a las potencias de la OTAN con la URSS y sus satélites y que se desarrolló principalmente durante finales de los años 70 y principios de los 80. Se centró especialmente en Alemania, que estaba dividida entre la República Federal de Alemania (RFA) al Oeste y la República Democrática de Alemania (RDA) al Este, aliada de la URSS. Esta división era herencia de la división tras la II Guerra Mundial. El eje del conflicto fue la instalación en Europa por parte de la URSS y por la OTAN en respuesta, de misiles balísticos de alcance medio que tenían dentro del rango de alcance nuclear a todo el continente, los cuales fueron apodados como “euromisiles”.

La razón no era otra que el control del avance en las investigaciones en el campo tecnológico y científico de la energía nuclear y su traslación en el terreno del armamento y la defensa. La frontera “caliente” que quedó establecida en Alemania simbolizaba lo más duro de la confrontación, al igual que en otras regiones del mundo, que también quedaron divididas en guerras fratricidas, como es el caso de la península de Corea, la guerra de Vietnam y otros puntos calientes en países del llamado Tercer Mundo que tuvieron confrontación bélica como Angola o Centroamérica.

El conocimiento de la energía nuclear a raíz de los avances producidos al final de la II Guerra Mundial trajo consigo el paradigma del fin de la era del carbón iniciado a raíz de la Revolución Industrial que trajo consigo un desarrollo global de una Era completamente ligada al uso del carbón hasta bien entrado el siglo XX: ferrocarriles, buques, calefacciones y maquinaria posibilitaron un desarrollo vertiginoso de la industria y el bienestar de los países más avanzados del planeta, dejan-

do atrás eras de subdesarrollo pero también un crecimiento en polución y en suciedad de las ciudades más desarrolladas, como Londres, Liverpool, Berlín o Hamburgo.

El ser humano ha tenido a lo largo de su Historia que buscar tipos de energía que le hicieran más cómoda su vida en el mundo. Economizar esfuerzos y hacernos la vida más fácil ha sido una de las metas del Ser Humano sobre el Planeta Tierra, desde el invento de la rueda hasta nuestros días, y no sería posible concebir un mundo acomodado y avanzado, en el que el agua potable, las vacunas o una alimentación saludable es posible, sin el avance tecnológico y sin un consumo creciente de energía. Renunciar a la ciencia, a los avances científicos y al desarrollo humano es directamente proporcional a claudicar ante la pobreza y la miseria, y unos y otros, avance científico y desarrollo, van unidos de la mano en un crecimiento progresivo que es ineludible para entender el bienestar del Humano sobre la faz de la Tierra como culmen de la Creación.

El pivote del desarrollo humano va ineludiblemente ligado al del consumo de energía, de tal manera que los países más avanzados consumen mucha más energía que los países en desarrollo. La energía supone que las personas podamos consumir agua potable en nuestras casas, que dispongamos de energía barata y eficiente las 24 horas del día para nuestro solaz, que podamos calentarnos si hace frío o refrescarnos si hace calor, o que podamos conservar o cocinar nuestros alimentos. En los países ricos podemos discutir esto tranquilamente, mientras que en los países pobres esto no es materia de discusión. Mientras en Occidente nos enfrascamos en batallas políticas medioambientalistas estériles en zonas del centro de África o del sudeste Asiático la gente no tiene agua potable o vacunas.

Durante algunos de mis viajes por el centro de África, Asia o algunos países andinos, he podido comprobar cómo

en nuestro mismo planeta Tierra, que tanto parece que que-
remos, vivimos y morimos de maneras diferentes que tienen
mucho que ver con nuestro nivel de desarrollo. Mientras que
en los países avanzados morimos por causas como los acci-
dentes de circulación, las enfermedades cardiovasculares o el
cáncer, en los países en desarrollo las formas de morir van li-
gadas también a la forma de vida: enfermedades, impactos de
catástrofes o hambrunas, y conflictos. La esperanza de vida es
un indicador interesante para comprobar que en nuestro mis-
mo planeta vivimos de maneras tan diferentes como si fueran
mundos distintos. En algunos lugares de África la esperanza
de vida no sobrepasa los 50 años, mientras que en España o Ja-
pón, por ejemplo, podemos rebasar tranquilamente el umbral
de los 80 años.

Hoy en día estamos asistiendo a un cuestionamiento con-
ciencioso y deliberado al desarrollo humano, frente al que se
hacen propuestas de paralización que son verdaderamente in-
sólitas. De otra parte, existe un nuevo tipo de imperialismo
que se alimenta desde algunas entidades medioambientalistas
occidentales que intentan limitar, de manera bastante tiráni-
ca, el desarrollo de los países menos avanzados. Se propone un
mayor control a las explotaciones de bosques o pesca, de los re-
cursos naturales, y se pretende ejercer un control externo sobre
sus políticas de desarrollo. Sobre las teorías medioambienta-
listas interesadas aún persisten importantes intereses políticos
hoy en día.

Se imponen, desde los países avanzados, que antaño dis-
frutaron de posiciones de metrópoli colonial, condiciones a
determinados países del mundo acerca de cómo deben hacer
la explotación de sus territorios, sus recursos naturales y su
geografía. Asombrosamente, hemos saltado de un Imperia-
lismo colonial de las metrópolis del siglo XIX al colonialismo

imperialista de las compañías multinacionales, muchas veces alimentadas por los discursos de entidades pretendidamente ecologistas que tienden a limitar el desarrollo de estos países y de sus poblaciones.

Resulta curioso y estridente contemplar cómo los países desarrollados de la OCDE ponen condiciones a los países menos desarrollados pero con grandes reservas y recursos naturales, como Angola o Brasil, acerca de cómo deben practicar un desarrollo acomodado a sus intereses: cómo deben explotar los bosques, cómo deben explotar la pesca o como deben investigar acerca de riquezas como minerales o metales singulares, o cómo deben explorar los yacimientos de petróleo que suelen acabar, mayoritariamente, en manos extranjeras, en manos de compañías norteamericanas o chinas, especialmente.

No podemos sostener posiciones ambientalistas globales desde nuestra visión acomodada del urbanita del mundo avanzado. Tenemos que ser conscientes de que en nuestras casas tenemos agua potable, luz eléctrica, alimentos de todo tipo, cierta seguridad y un sistema de libertades. Desde estas posiciones acomodadas podemos creernos el eje del universo, pero lo cierto es que, en otras muchas partes del mundo, hay miles de millones de personas que carecen de todas esas cosas. ¿Qué derecho podemos tener nosotros, herederos de los imperios coloniales Occidentales, de establecer las condiciones acerca de la manera sobre la que tienen que desarrollarse los países en desarrollo?

En uno de mis viajes por Angola, visité Cafunfo, una ciudad próxima a la frontera con el Congo, una zona alejada en el centro de África en plena área diamantífera. Detrás de la comitiva se agolparon centenares de personas persiguiendo los vehículos. Descendimos, y comprobé como todas aquellas personas nos miraban y nos saludaban, jaleando cantos triba-

les. Comprobé que todos ellos eran muy jóvenes, calzados casi todos ellos con buenas zapatillas deportivas. Muchos vestían camisetas blancas, y vaqueros, y percibí que nos tomaban fotos con sus smartphones. También aprecié, como ocurre en otras partes del mundo en desarrollo, que muchas de las casas tenían antena parabólica. Inocentemente, pregunté a uno de mis acompañantes por qué habían venido a recibirnos solamente las personas jóvenes. Mi interlocutor me respondió:—“Bueno, José Luis, la esperanza de vida ha variado últimamente a mejor en esta zona, ahora está situada en los 47 años”—

Esto quería decir que estábamos en una ciudad prácticamente de niños. Como en la película de Mad Max “Más allá de la Cúpula del Trueno”. Los habitantes de los países desarrollados tenemos que ser conscientes que el equilibrio humano debe seguir unas reglas igual para todos. No vale que Occidente se haya desarrollado a costa de parajes inhóspitos durante siglos tras las eras de los descubrimientos y las exploraciones, y que ahora queramos limitar el desarrollo de otros. Nunca entenderemos por qué una mujer embarazada se mete en una patera con su hijo. Ella sabe que simplemente con cambiar de paralelo transmuta su esperanza de vida automáticamente y se abre una puerta de oportunidades, preciarías, si, pero oportunidades, para su hijo. Además sabe que dejó atrás una vida de sufrimientos, quizás con más hijos muertos y penalidades que quiere dejar atrás. Mientras nosotros nos dedicamos a velar por el sufrimiento de gatos y perros, en el resto del planeta hay un sufrimiento incongruente con esos postulados minimalistas del ecologismo urbano de nuestros países avanzados.

Algo que está completamente desconectado de lo que ocurre en el resto del planeta. Y de eso va este libro. Debemos intentar, por todos los medios, vincular la protección ambiental y del planeta y de las especies que en él habitan, con la prosperidad

de la especie humana en todos los rincones de la Tierra. La opción de limitar el crecimiento y el desarrollo de unos cuantos en un supuesto beneficio del medio ambiente no es una opción.